

Derechas políticas y democracia liberal: convivencia, compromiso y tensión

SERGIO DANIEL MORRESI
IHUCSO-CONICET / FHUC-UNL

ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]
Voces plurales para pensar la
democracia argentina (1983-2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral
Universidad Nacional del Litoral, Argentina
ISSNe: 2250-6950
estudiossociales@unl.edu.ar
DOI: 10.14409/es.2023.64.e0066

Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Atribución- NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.



INTRODUCCIÓN

En 1971, Torcuato Di Tella publicó un breve artículo sobre la incapacidad de la dirigencia argentina para salir de una encerrona que parecía sumir al país en una pesadilla recurrente de «estancamiento económico e inestabilidad política». Si bien el sociólogo argentino avanzaba en distintas direcciones (como la mirada de corto plazo de los líderes políticos y las particularidades de la estructura social y económica), entendía que el talón de Aquiles del país se hallaba en la «debilidad electoral de la derecha política». A su entender, las salvaguardias constitucionales en defensa de las minorías no eran «suficientes para convencer a los grupos económicos poderosos de la conveniencia de operar dentro de un sistema democrático». Así, la incapacidad de las elites para construir una representación política propia o influir suficientemente en defensa de sus intereses las llevaba a buscar el quiebre sistemático del sistema, conduciendo al país a «una seguidilla de gobiernos civiles, golpes militares y retornos semifraudulentos a la Constitución». La conclusión de Di Tella era la necesidad de impulsar una estructura política bipolar en la que uno de los polos contuviese a los grupos de interés orientados hacia la derecha. Solo así se podría avizorar un horizonte de continuidad institucional democrática (Di Tella, 1971:323-325).

El origen de la debilidad electoral de la derecha en Argentina puede ser explicado por «ausencia de voluntad» o «de capacidad» (Bohoslavsky, 2011:12). Para algunos analistas, si las elites no construyeron un vehículo electoral exitoso se debe a que no habían tenido necesidad de hacerlo. Montar un partido competitivo implica una inversión costosa de resultado incierto, mientras que tomar el poder de forma directa a través de las Fuerzas Armadas (FF. AA.), o influir de manera decisiva mediante acciones económicas (como la desinversión o la intervención distorsiva en ciertos mercados clave) o acudir a la actividad de grupos de presión, la financiación electoral de determinados actores y la influencia en el debate público a través de los medios de comunicación, podía resultar una estrategia que permitía a las clases dominantes «gobernar sin un partido» (Boron, 2000). Sin embargo, para otros, más allá de las intenciones, las elites no lograron articular un proyecto político por su profunda fragmentación geográfica (Buenos Aires contra las provincias), económica (agroexportadores contra mercado-inter-nistas) e ideológica (liberales-conservadores contra nacionalistas-reaccionarios), lo que a la postre llevaría a un divorcio entre las clases acomodadas y los dirigentes políticos que aspiraban a representarlas (Gibson, 1996; Bohoslavsky y Morresi, 2016). No obstante, ambas perspectivas son compatibles. La incapacidad de las elites para construir un partido puede entenderse como el punto de partida de un patrón: ante situaciones que ponían en riesgo el orden jerárquico, estas no dudaron en convocar a los militares para socavar el régimen democrático o ejercer su poder estructural o instrumental (Luna y Rovira Kaltwasser, 2021:137-138) con el fin de poner coto a los impulsos reformistas de los gobiernos civiles. Así, en las últimas décadas del siglo XX, el problema para encontrar la «fórmula política argentina» (para usar la expresión de Di Tella) era cómo integrar esas elites al juego

de la poliarquía, máxime cuando ellas entendían, como lo notó Mora y Araujo (1981:396 y 398), que las medidas que estimaban necesarias para corregir los impulsos «corporativistas» de la «democracia populista» no eran adoptadas «mediante procesos electorales» y por eso se veían en la «necesidad» de «imponerlas a través de procesos militares».

La oportunidad para cortar el nudo gordiano se dio con la implosión de la última dictadura militar (1976–1983). La transición a la democracia por la vía del colapso (O'Donnell et al. 1989; O'Donnell y Schmitter, 1994) implicaba no solo que las fuerzas armadas habían perdido legitimidad y capacidad de agencia, sino que las políticas que habían llevado adelante y los sectores civiles que las habían acompañado se encontraban obligadas al repliegue. Las derechas políticas tenían que aprender a convivir con el sistema democrático sin contar con la posibilidad de acudir a la solución pretoriana y en un clima donde muchas de sus propuestas estaban, como si se dijera, «manchadas» ante una ciudadanía que entendía que todo lo vinculado con la dictadura debía ser objeto de rechazo.¹

El objetivo de estas páginas es (I) ofrecer una mirada general sobre los distintos modos en los que las derechas argentinas renovaron sus estrategias y repertorios una vez que acudir a la «salida» del juego democrático (en los términos de Hirschman, 1977) dejó de ser una opción viable. A continuación, (II) se pone el foco en el período de transición y el modo en que influyó la herencia del PRN. Más adelante, (III) el texto se concentra en las formas en que las derechas políticas actuaron entre 1983 y 2001, mostrando que, a pesar

1\ Así, líderes liberal-conservadores se lamentaban de no poder referirse a su propio partido político como «liberal» por el modo en que esa palabra había sido mansillada por el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» (PRN). Véase Mansilla (1983:162).

de que hubo intentos de construir un partido de derecha competitivo, se optó por la estrategia del «entrismo» (colocar cuadros propios en el gobierno de otro partido) y (iv) se explica por qué, después de la crisis de 2001, las derechas encontraron incentivos para apostar por la construcción partidaria. Luego (v), se muestra que durante los últimos años se elevó el tono de la «voz» de la derecha (para continuar con el vocabulario de Hirschman) y, con ello, se provocó una situación de tensión entre la estrategia que había seguido la derecha *mainstream* que precisa de la democracia y una derecha radicalizada que parece en tensión con los valores sobre los que esa democracia se sustenta.

LA HERENCIA DEL PROCESO

Con el agotamiento de la dictadura, los integrantes de las dos principales tradiciones del espacio de la derecha en Argentina —los nacionalistas-reaccionarios y los liberal-conservadores²— que habían participado o apoyado al régimen militar se vieron obligados a adaptarse a nuevas reglas. El problema para las derechas políticas no era solamente

2\ Entendemos al campo de la derecha como un espacio amplio y heterogéneo en el que coexisten familias o tradiciones (Rémond, 2007). Para el caso argentino, parece pertinente distinguir dos grandes corrientes. Por un lado, los nacionalistas-reaccionarios que se caracterizan por cultivar una perspectiva organicista y chauvinista de la nación a la que conciben ordenada por la cruz y la espada y bajo constatación de amenazas de poderes foráneos y quintacolumnistas. Por el otro, los liberal-conservadores que parten de una perspectiva liberal y cosmopolita, acendrada en la Constitución de 1853, pero que al mismo tiempo se conciben como defensores de un orden social y político jerárquico que debe ser apuntalado contra los abusos de la democracia cometidos por demagogos y «populistas» que ponen en riesgo valores republicanos que son considerados motores del progreso. Cf. Morresi (2019b).

que recurrir a las FF. AA. dejaba de ser una opción, algo que quedaría aún más claro en los siguientes años,³ sino que su espacio de acción estaba empequeñecido. La guerra de Malvinas perjudicó en particular a los sectores nacionalistas–reaccionarios que habían sido sus más fervientes defensores; los malos resultados de la gestión económica impactaban en los liberales–conservadores; el repudio de sectores cada vez más amplios de la sociedad que se sensibilizaran ante el descubrimiento de la magnitud y la crueldad que había adoptado la aniquilación de la subversión ponía a la derecha en su conjunto (y no solo a los militares) en el banquillo de los acusados (Franco, 2015; Morresi, 2019a).

Pero a la vez que se daban condiciones que impedían o dificultaban a los sectores de derecha optar por un sendero distinto del de la democracia liberal se presentaban elementos que hacían transitable ese camino: el rechazo social por el activismo político con posiciones anticapitalistas y la transformación de la estructura social y económica —que limitaba la capacidad de acción de los actores políticos y modificaba los hábitos de la ciudadanía— y la creciente relevancia de la política local.

La impugnación a los dictadores y a las derechas durante el período de la transición fue acompañada por un repudio general a la violencia política basada en la «teoría de los dos demonios». De acuerdo con esta narrativa, la sociedad argentina había sido víctima inerte del enfrentamiento entre extremismos que había conducido al PRN (Lvovich y Bisquert, 2008:37). El peronismo revolucionario y la

3\ El juicio a los comandantes por crímenes contra la humanidad en 1985 fue un punto de inflexión. Posteriormente, el fin de la Guerra Fría (1991), la abolición del servicio militar obligatorio (1994) y la desfinanciación militar a través de las reformas neoliberales durante el gobierno de Carlos Menem (1989–1999) hicieron imposible apoyarse en las fuerzas armadas (Acuña & Smulovitz, 1995).

izquierda insurgente que habían actuado en la década de 1970 y, hasta cierto punto también, aquellos sectores que se negaban a condenarlos en forma terminante, fueron responsabilizados por la dinámica que desembocó en la dictadura. Esta perspectiva, presente al comienzo de la democracia, puede ser considerada «un factor explicativo esencial para entender el estigma posterior sobre la militancia revolucionaria en general» (Franco, 2014:25).⁴ Así, en 1983 el cuestionamiento al orden capitalista y las jerarquías sociales no aparecían como amenazas. En un sentido similar, la victoria del candidato radical en las elecciones presidenciales de 1983 demostró que era errónea la suposición —extendida entre los liberales-conservadores— de que un gobierno democrático significaría un inevitable triunfo peronista (y por ello el despliegue de un proyecto antiliberal).

Por otro lado, si bien los planes económicos delineados al comienzo de la dictadura no alcanzaron las metas que los militares habían trazado, en particular por su sistemática incapacidad de ponerle coto a la inflación, puede decirse —evitando caer en las visiones economicistas sobre las que advierte con razón Canelo (2016)— que el PRN fue relativamente exitoso en iniciar tanto un cambio estructural en la economía argentina (Schvarzer, 1991; Pucciarelli, 2004) como en lograr lo que Martínez de Hoz (1981:157) llamó un «cambio de mentalidad» que acercara a los argentinos a hábitos compatibles con una sociabilidad mercadocéntrica. Las transformaciones socioeconómicas generaban, al menos desde la perspectiva de los actores políticos identificados

4\En una línea similar Feierstein (2012) sostiene que la represión concentracionaria del activismo de izquierda dejó marcas en el tejido social destinadas a permanecer y que las mismas no solo impactaron en lo que podría llamarse un activismo de tipo revolucionario sino también en la imposibilidad del cuestionamiento del orden heredado.

con el ideario liberal–conservador, un corsé que limitaba a los nuevos gobernantes democráticos (Pesce, 2006). Los cambios en las mentalidades y las formas de comportamiento de la ciudadanía resultaban más difíciles de observar, pero aun así debería considerárselos (Fridman, 2010), al menos en el sentido de que indicaban que existía la posibilidad de que, lentamente, «el hombre común, que piensa y siente como liberal pero no actúa como tal políticamente» fuera convirtiéndose de dejar atrás las concepciones «corporativas» articuladas alrededor del peronismo y el radicalismo (tal como auguró Álvaro Alsogaray, citado en Mansilla, 1983:150).

Durante el PRN se delinearón hojas de ruta para una salida lenta, gradual y acordada a la dictadura. No obstante, las luchas intestinas dentro del régimen demoraron los planes y en 1982 la guerra de Malvinas abrió un escenario de colapso. En este panorama fue imposible que los sectores civiles que se habían autodenominado «amigos del Proceso» (Morresi, 2019a) formaran un partido político nacional capaz de recoger la «herencia autoritaria» (Loxton y Mainwaring, 2018). No obstante, al colocar el foco en el nivel subnacional, el paisaje era distinto. En parte, esto se debía a que, en «la búsqueda de ampliar sus bases de sustentación, tanto en el reclutamiento de funcionarios como en las relaciones con instituciones, corporaciones y organizaciones intermedias que actuaban a escala local» (Águila, 2023:142), los militares promovieron una politización del ámbito municipal (y, de forma limitada, también del provincial) que resultó moderadamente exitosa. Si bien la apuesta de la dictadura por una estrategia de localización cobraría mayor importancia para las derechas políticas en las décadas siguientes —como lo muestra el partido Propuesta Republicana (PRO) (Morresi y Vommaro, 2014:325)— sus primeros brotes eran evidentes en 1983.

Canelo (2015) muestra que la dimensión local fue un eslabón fundamental del régimen dictatorial que servía como herramienta de control capilar de la sociedad, como espacio regulado para la participación de la ciudadanía en la política comprendida como gestión y administración de lo público (y no como disputa y conflicto) y también como el semillero de la salida política que los militares imaginaban posible. Varios de los civiles e incluso algunos militares que fueron gobernadores o intendentes durante el PRN lograron continuar o construir carreras políticas en democracia. Vale la pena detenerse en dos ejemplos: el del Gral. Antonio Bussi (gobernador militar de la provincia de Tucumán) y el del contador Ricardo Ubieto (que fue intendente civil del municipio de Tigre, en la provincia de Buenos Aires).

Más allá de las particularidades de los recorridos de Bussi y Ubieto (y de la distancia entre una persona responsable de crímenes de lesa humanidad y una que no lo fue), vale destacar lo que tienen de común: ambos fundaron partidos propios desde los que articularon políticamente alrededor de las identidades locales. En el caso de Bussi, si bien cultivó una agenda nacionalista en clave autoritaria —y con ella la construcción de una memoria de lo actuado durante el PRN— (Crenzel, 1998), basó la identidad de su partido (Fuerza Republicana, FR) en el rescate de una «identidad tucumana» que habría sido extraviada por malos gobiernos provinciales y la intromisión del Estado nacional (Cossio, 2003). Por su parte, Ubieto, de origen radical, pero expulsado de su propio partido por su participación en el PRN, se presentó al frente de un partido vecinalista, como un gestor cuya eficiencia y honestidad lo ponían por sobre las disputas políticas de los partidos nacionales y lo acercaban a la gente común, más preocupada por su vida cotidiana que por las disputas ideológicas de quienes se desentendían de «las prioridades

y verdaderas necesidades de los numerosos pueblos que conforman la Nación» (Zochi, 2013:17).

DERECHAS EN DEMOCRACIA

Los nacionalistas–reaccionarios no se presentaron a las elecciones de 1983. Esto no resultaba novedoso, ya que parte de estas corrientes se sentían contenidos por los partidos tradicionales. No obstante, varios grupos nacionalistas–reaccionarios, algunos de ellos ideológicamente contrarios a la democracia liberal, se mantuvieron activos dentro de las filas del ejército, en grupos militantes marginales y en ciertos círculos de sociabilidad católica. Estos últimos, en particular, tuvieron un rol destacado durante la década de 1980 y organizaron manifestaciones en contra de las iniciativas del gobierno de Raúl Alfonsín (1983–1989), como la ley de divorcio o el cierre del organismo de censura oficial (Prunello, 2021). Por su parte, los grupos exaltados —algunos con vínculos en ámbitos castrenses— promovieron actos de vandalismo contra teatros, escuelas, organizaciones de derechos humanos, bancos y asociaciones civiles con pronunciamientos antiliberales, antisemitas y anticomunistas (Grinchpun, 2020). Estas acciones se produjeron a la vez que se hacían públicos desacuerdos de militares con las políticas del gobierno democrático. Así, a pesar de que estos actores eran minoritarios y carecían de representación política, lograron mantener la imagen de un poder latente que amenazaba a la recién nacida democracia.

Por su parte, los liberal–conservadores, que diez años antes habían logrado el 20 % de los sufragios, presentaron

tres fórmulas presidenciales con escaso éxito.⁵ Sin embargo, a nivel subnacional, los liberales–conservadores tuvieron un buen desempeño y consiguieron acceder a gobernaciones (el Pacto Autonomista Liberal, PAL, en Corrientes y el Partido Bloquista, PB, en San Juan), decenas de intendencias, 11 diputaciones sobre 254 y —especialmente— una presencia relevante en el Senado (5 bancas sobre 46, a las que en ocasiones se sumaban como aliadas otras tres), lo que los convirtió en un polo con poder negociación. Sin embargo, más que en el rol de los partidos liberal–conservadores provinciales —que, como sostuvo Malamud (2004:33), mostraron su «incapacidad o falta de voluntad para trascender las fronteras provinciales»— interesa detenerse en el caso de la UCEDE.

En 1983, la UCEDE se presentó como un partido crítico del PRN al mismo tiempo que incorporaba entre sus filas a figuras destacadas del régimen; aseguraba que las Fuerzas Armadas habían realizado una pésima tarea en el terreno económico, pero se negaba a condenar su política autoritaria y represiva (Morresi, 2019a). Este posicionamiento ambiguo le permitió un nivel de votación respetable en el plano legislativo en la ciudad de Buenos Aires, donde consiguió dos diputados. En los años siguientes, la UCEDE creció sistemáticamente hasta convertirse en líder indiscutida del espacio liberal–conservador argentino. En Buenos Aires pasó del 9 % de los votantes en 1983 al 22 % en 1989; a nivel nacional

5\ En las elecciones de marzo de 1973, la Fuerza Federalista Popular (FUFEPO) liderada por Francisco Manrique obtuvo 15 %, la Nueva Fuerza de Álvaro Alsogaray el 2 %, el Partido Socialista Democrático de Américo Ghioldi el 1 % —en ese entonces con un programa claramente inclinado hacia la derecha— y la Alianza Republicana Federal que impulsaba al Brigadier Ezequiel Martínez el 3 %. En 1983, la Alianza Federal (AF) liderada por Manrique obtuvo el 0,72 %, la Unión del Centro Democrático (UCEDE) de Alsogaray el 0,5 %, la coalición entre el Partido Demócrata Progresista (PDP) y el Partido Socialista Democrático (PSD) el 0,1 %.

creció desde el 1,6 % en 1983 al 10,8 % en 1989 (mediante una estructura de alianzas). Más allá de los sufragios obtenidos importa enfatizar la pregnancia de sus ideas y propuestas económicas en un país en el que la inflación aparecía como problema constante y en el que el Estado comenzó a ser percibido como el origen de los problemas argentinos (Nun et al., 1987; Altamirano, 1989; Heredia, 2006).

Durante su etapa de crecimiento, la UCEDE elevó su voz para oponerse a lo que entendía como una continuidad del corporativismo, el estatismo, el dirigismo y las «soluciones híbridas» que alejaban a Argentina de la senda liberal y la llevaban a la decadencia (Alsogaray, 1993). No obstante, en la medida en que la prédica de la UCEDE se expandía, aun manteniendo incólume su perspectiva ideológica y su *core-constituency* (Gibson, 1996:9), su base se iba diversificando. El éxito de la UCEDE no solo afinca en el modo que su líder, Álvaro Alsogaray, usaba su banca en el poder legislativo como caja de resonancia y el impulso que obtenía en los medios de comunicación, sino también en la entrada de un número creciente de votantes jóvenes que formaron un poderoso núcleo militante. Estos activistas buscaban dejar atrás la táctica de alcanzar el poder a través de la influencia sobre otros actores; lo que ellos buscaban era crecer desde lo electoral en base a innovaciones en los repertorios, pero también en el aspecto programático. Sin embargo, los dirigentes «históricos» del partido (sus fundadores y algunos federalistas aliados) resistieron al ascenso de los recién llegados y se mantuvieron firmes en su estrategia de ofrecer sus ideas y sus cuadros a un gobierno que los aceptara como aliados. En parte para frenar el avance de los «jóvenes turcos», en parte porque entendieron que la oportunidad que se abría no podía ser desperdiciada, los dirigentes tradicionales que habían cultivado un antiperonismo visceral durante

muchos años fueron los que impulsaron el acercamiento de la UCEDE al justicialismo (Gutiérrez, 1992).

En 1989 el peronista Carlos Menem hizo una campaña basada en propuestas redistributivas, pero incluso antes de su triunfo su giro hacia una política promercado era claro para algunos actores políticos de la derecha que buscaron llegar a un acuerdo. La entrada de las principales figuras de la Alianza de Centro (la coalición liderada por la UCEDE) en el gobierno peronista tuvo resultados mixtos. Por un lado, el gobierno de Menem no solo llevó adelante una agenda neoliberal, sino que la sobreactuó (Palermo y Novaro, 1996). Por el otro, los votantes y cuadros de la UCEDE empezaron a ver al peronismo como una opción viable y el partido liberal-conservador fue desvaneciendo. La estrategia «entrista» de colocar dirigentes propios en la administración de otro partido político resultó exitosa al costo de interrumpir la apuesta por una construcción partidaria independiente.

Quienes criticaron por derecha la convergencia entre neoliberales y peronistas fueron los nacionalistas-reaccionarios. Sin embargo, debe resaltarse, lo hicieron dentro del marco de la democracia liberal. El exoficial Aldo Rico, que se había sublevado contra las autoridades constitucionales en 1987 y 1988 y había sido indultado por Menem en 1989, formó el Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN), que tuvo un crecimiento rápido entre 1993 y 1995, pero también optó por plegarse al gobierno peronista (aliado al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde).

Así, a mediados de la década del 90, la derecha argentina estaba, de un modo u otro, dentro del gobierno peronista. Esto, en cierto sentido, colaboraba con la solidez de la democracia. En la medida en que buena parte de las dos grandes familias derechistas se veían contenidas por el peronismo —ya fuera por el despliegue del modelo neoliberal en el caso de los liberal-conservadores o por el trabajo territorial e

identitario para los nacionalistas–reaccionarios—, no había incentivos ni para elevar la «voz», apostando por la construcción de un partido propio, y mucho menos para ejercitar la «salida» del sistema. Por supuesto, esto no implicaba que las elites con intereses heterogéneos estuvieran de acuerdo con cada una de las decisiones del gobierno. Sin embargo, se había un impuesto un «consenso neoliberal» por el cual incluso las críticas se hacían dentro de un marco de acuerdo y apoyo general no solo al sistema democrático, sino también al rumbo económico marcado por el gobierno de Menem (Sidicaro, 2002).

LA APUESTA POR LA CONSTRUCCIÓN PARTIDARIA

En 1999, cuando la Alianza entre la UCR y el Frente por un País Solidario (FREPASO) derrotó al peronismo, lo hizo con el compromiso de mantener la estructura y la ingeniería institucional erigida por Menem. La incapacidad de la Alianza para apuntalar la economía y mantener el esquema de caja de conversión o inaugurar un camino alternativo explica en buena medida su fracaso, que culminó en un estallido social. La profundidad de la crisis de 2001, que llevó a miles de argentinos a las calles para expresar su rechazo a los políticos, difícilmente puede exagerarse (Pousadela, 2006). Pero la crisis no tuvo el mismo impacto a lo largo de todo el espectro político. Mientras que el polo peronista sufrió una pérdida significativa, el polo no peronista fue pulverizado. Así, el peronismo logró mantener el poder a través del gobierno interino de Eduardo Duhalde (2002–2003), pero el electorado no peronista quedó «huérfano» (Torre, 2003).

En 2003 Néstor Kirchner ganó la presidencia con solo el 22 % de los votos. Kirchner (2003–2007) y luego Cristina Fernández de Kirchner (2007–2015) emprendieron una serie

de políticas públicas y giros discursivos que llevaron a una reconfiguración del mapa político. El kirchnerismo reformuló la identidad peronista con una perspectiva crítica de los años 90, una visión positiva del peronismo de izquierdas de los 70 y un estrecho diálogo con la «marea rosa» latinoamericana. Esta reorientación junto con las políticas redistributivas y un discurso en el que la intervención del Estado ocupaba un lugar central formaron el marco de una «batalla cultural» contra el neoliberalismo. Sin embargo, debido al éxito del kirchnerismo, a veces se olvida que, en 2003, sus principales rivales (el expresidente Menem y el exministro de la Alianza Ricardo López Murphy) obtuvieron juntos el 40 % de los votos con plataformas de orientación neoliberal. Una parte importante de ese electorado que había optado por la derecha, así como los «huérfanos» a los que se había referido Torre explican al menos una parte del éxito del partido PRO, creado en 2001 por el empresario Mauricio Macri.

Macri aprovechó la crisis de 2001 en dos sentidos. Por un lado, cultivando una imagen de *outsider* que lo ayudó a superar el rechazo de los ciudadanos a la clase política. Por el otro, reuniendo los recursos asociados a la creación de una maquinaria partidaria a un costo significativamente menor al habitual (Morresi y Vommaro, 2014). En 2003, Macri presentó su candidatura en la ciudad de Buenos Aires, un distrito reacio al peronismo y tendiente a apoyar terceras fuerzas. En ese primer intento, PRO tuvo un desempeño notable, pero perdió en la segunda vuelta. Pese a ello, los líderes del PRO emprendieron un trabajo de construcción partidaria. Así, a la oportunidad de construir un vehículo electoral se sumó la decisión de mantenerlo en pie desde la oposición. Cuatro años más tarde, Macri fue electo jefe de gobierno de Buenos Aires.

Más allá de los detalles acerca de la consolidación de PRO en los primeros años, interesa enfatizar que el partido

liderado por Macri se construyó en espejo al peronismo inclinado hacia la izquierda liderado por Kirchner. El gobierno nacional producía su propia identidad denunciando a la derecha política; por lo tanto, para los derechistas del siglo XXI no había chances de que se repitiera la experiencia de la UCEDE. Por el contrario, era necesario crear un partido pragmático «capaz de ganar elecciones», que dejara atrás «tanto de las estrategias entristas como de los dogmas ideológicos que llevaron a las derechas liberal-conservadoras a defender variantes restrictivas o tuteladas de la poliarquía» (Morresi, 2015:197). Este punto merece ser enfatizado porque en la discusión acerca del carácter democrático de PRO o de las ideas de sus cuadros y líderes (Natanson, 2018) a veces se pierde de vista la diferencia entre una derecha capaz de jugar dentro de las reglas democráticas (de aceptar lo que no puede evitar como sucedió al comienzo del ciclo democrático) y una derecha que precisa para su propia supervivencia de la continuidad de las reglas democráticas como era el caso de PRO.

En los años siguientes, PRO buscó expandirse más allá de su bastión en la ciudad de Buenos Aires (Vommaro et al., 2015), pero solo comenzó a tener éxito en 2015, cuando formó una alianza con la UCR y otros partidos más pequeños bajo el lema «Cambiemos» (Vommaro, 2017). Cambiemos, aún más claramente que PRO, representaba tanto a los que habían votado por opciones neoliberales en 2003, como a los huérfanos de la política de 2001; al amplio arco no peronista tanto de centroderecha como de centroizquierda. La expansión territorial del proyecto que se volvió más fluida gracias a la UCR, la fragmentación del espacio peronista, el sistema electoral a dos vueltas y la resiliencia del proyecto neoliberal permitieron a Macri ganar la presidencia con una diferencia mínima de votos (obtuvo el 51 % en el balotaje) e incluso revalidar esos resultados en las elecciones legislativas de 2017 (Morresi, 2017).

La administración de Cambiemos estuvo muy por debajo de las expectativas de sus propios dirigentes (Gené y Vommaro, 2023), lo que explica su fracaso en las elecciones presidenciales de 2019 (fue derrotado por el peronismo en la primera vuelta electoral por una diferencia de 8 %). No interesa aquí detenerse en las particularidades de la gestión del presidente Macri, sino señalar dos puntos relevantes para nuestra argumentación: la estabilidad conseguida por la centroderecha electoral dentro de la democracia liberal y el modo en que, cuando el proyecto de Cambiemos (ahora con la marca Juntos por el Cambio, JPC) mostró señales de agotamiento, se elevó el tono de la voz de un modo tal que actores de derecha con posiciones radicalizadas encontraron un espacio para su propio crecimiento, en tensión con algunos de los principios de la democracia liberal.

VOCES DISRUPTIVAS

La tesis de Di Tella (1971) a la que nos referimos en la introducción señalaba que la debilidad electoral de la derecha argentina causaba inestabilidad política y estancamiento económico, y mostraba los beneficios que podrían derivarse de una coalición que contuviera a las derechas con expectativas de acceder al poder. En este sentido, el surgimiento del PRO/Cambiemos, su crecimiento, su victoria electoral en 2015, su aceptación de la derrota de 2019 y su capacidad para continuar participando desde la oposición a nivel nacional parecen representar un paso adelante en el fortalecimiento del sistema democrático liberal construido desde 1983. Sin embargo, como ha mostrado Ziblatt (2017), el compromiso de los partidos de derecha con la democracia no solo está ligado a los buenos resultados o perspectivas electorales en un momento dado, sino a la fortaleza organizativa e

institucional del partido que representa los intereses de las élites. La idea de Ziblatt es que la radicalización de los partidos de derecha serán un resultado posible si sus estructuras no son lo suficientemente sólidas como para resistir los intentos de conquista por parte de sectores radicalizados. Dado que PRO/JPC invirtió recursos en la construcción del partido/alianza, estableciendo mecanismos de coordinación entre dirigentes y agregando intereses sociales más allá del tradicional núcleo electoral de la derecha (Vommaro, 2021), el riesgo de una captura por parte de sectores radicalizados al que se refiere Ziblatt no parecía en principio plausible. Sin embargo, las recientes luchas dentro de PRO/Cambiamos pintan un panorama más incierto.

En 2015, Cambiamos había buscado alejarse del tradicional perfil de derecha antiperonista que había primado en el liberalismo-conservador en la década de 1980. Para ello, Macri recurrió a gestos de alto valor simbólico (aseguró que mantendría en pie las políticas públicas redistributivas del kirchnerismo, que no reprivatizaría las empresas públicas que se habían estatizado e incluso inauguró el primer monumento en honor a Perón en la CABA) que iban en la misma línea de ubicar la propuesta por encima de las disputas ideológicas tradicionales («más allá de la izquierda y la derecha») que habían caracterizado los inicios de PRO (Vommaro et al., 2015). Sin embargo, desde 2018, cuando los problemas políticos y económicos del gobierno de Cambiamos se tornaron claros, Macri y sus funcionarios recurrieron a un discurso agresivo y antiperonista con el objetivo de abroquelar el voto propio. De este modo, se abrieron las puertas para que otras expresiones derechistas, hasta entonces marginales, encontrasen una ventana de oportunidad para cobrar protagonismo.

Neoliberales de orientación libertariana o anarco-capitalista y nacionalistas-reaccionarios se convirtieron en

actores significativos en pocos meses y presentaron candidatos propios para competir contra lo que llamaron un «socialismo amarillo», en referencia al color que identificaba a PRO (Morresi y Vicente, 2019). En 2019, los líderes de estos espacios (el exintegrante del MODIN y exfuncionario de Macri, Juan José Gómez Centurión, que puso el acento en su posición contraria al aborto, y el economista liberal-conservador José Luis Espert que enfatizó una agenda de reducción del gasto público) tuvieron un desempeño electoral limitado (apenas el 3 % de los votos), pero su presencia en la discusión pública mostraba que le otorgaban voz a un sector de la sociedad que hasta entonces había sido contenido por JPC y que se sentía desilusionado con la performance de una coalición a la que consideraban insuficientemente derechista (Morresi et al., 2021). Después de que el peronismo retornara al poder, y en el marco de las medidas sociosanitarias para combatir la pandemia de COVID-19, esos sectores que se ubicaban a la derecha de JPC experimentaron un crecimiento notable que se plasmó en las elecciones legislativas de 2021, cuando una nueva fuerza política (La Libertad Avanza, LLA) obtuvo el 17 % de los votos en la ciudad de Buenos Aires, mientras que Espert, con ideas similares, consiguió el 7,5 % en la provincia de Buenos Aires.

LLA es un partido personalista construido alrededor de la figura de un economista mediático, Javier Milei, que al mismo tiempo que se presenta como un «liberal-libertario» adhiere a valores compatibles con la tradición nacionalista-reaccionaria. En su discurso político, en el que los tonos violentos y los exabruptos son usuales, abundan las referencias no solo a tópicos relacionados con la ley y el orden similares a otras fuerzas de derecha, sino también a un antiizquierdismo radicalizado (con menciones a complots marxistas), el nativismo (en el sentido de la construcción de un exogrupo compuesto por aquellas personas a las que se

considera «poco patrióticas», como los activistas de pueblos originarios o de Derechos Humanos), al conservadurismo reaccionario (lo que se evidencia en el combate contra el feminismo y los movimientos LGBT) y al repertorio de la *alt-right* de origen estadounidense (lo que implica tanto la concentración de las críticas en la centroderecha a la que se considera como un socialismo encubierto, como el regodeo en la incorrección política). Por otro lado, Milei y otros miembros de LLA realizaron declaraciones en las que menosprecian el valor de la democracia liberal, a la que entienden como un método permeable a los abusos de las mayorías, y las formas republicanas, a las que observan con suspicacia por permitir que minorías intensas traben el desarrollo de la libertad. En este punto, sus referencias internacionales, que van desde el liderazgo de Jaír Bolsonaro en Brasil hasta el partido Vox de España, parecen mostrar que el eje de la propuesta de LLA es el combate a los valores progresistas a partir de lo que Nash (1987) llamó un «fusionismo» de derecha (Ramos y Morresi, 2023).

Más allá del desempeño electoral que pueda tener en el futuro LLA —u otros partidos similares que pudieran surgir en consonancia con lo que Mudde (2019) llama «derecha radical»— importa indagar si estos grupos tienen la capacidad de capturar o influir de manera sensible en la «derecha *mainstream*» representada por JPC. Dicho de otro modo, si Ziblat (2017) tiene razón en advertir que la estabilidad de una democracia liberal no depende solo de la capacidad electoral de las derechas *mainstream*, sino también de la solidez de sus partidos y el compromiso de sus dirigentes, la pregunta que se abre hoy, a 40 años del inicio de la democracia, es si la centroderecha que se construyó en Argentina es inmune a los embates de las posiciones más extremas que, si bien se presentan a elecciones, entran en tensión con los valores sobre los que las democracias se sostienen, en particular

sobre cuestiones como la igualdad de los derechos. A este respecto, si bien una parte de JPC parece continuar una línea pragmática y procura establecer lazos con distintos sectores políticos de centro, otra impulsa una identidad más claramente orientada a la derecha y un acercamiento a las ideas, las propuestas de políticas públicas, las referencias internacionales y hasta los tonos de LLA. Es probable que la pugna de estos dos sectores al interior de JPC esté relacionada con una disputa por el liderazgo más que por la identidad del espacio y su compromiso con las formas de la democracia liberal. Aun así, convendría observar ese proceso en los próximos años, sobre todo ante un panorama internacional en el que las derechas radicales avanzan a pasos largos y algunas de ellas no se limitan apenas a elevar el tono de voz, sino que procuran activamente traspasar o correr los límites de la democracia liberal.

CONCLUSIONES

En estas páginas mostramos de manera breve y panorámica los modos en los que las derechas políticas se relacionaron con la democracia durante cuatro décadas. En primer lugar, nos concentramos en el período de transición para enfatizar cómo algunas condiciones de ese momento facilitaron una actitud de convivencia con un sistema que las derechas argentinas habían combatido por décadas. Luego exploramos las distintas estrategias de acceso al poder durante las décadas de 1980 y 1990 y mostramos por qué, después de la crisis de 2001, las derechas tuvieron no solo la oportunidad sino también incentivos para optar por la estrategia de la construcción partidaria. Finalmente, nos detuvimos en las dinámicas desarrolladas en los últimos años y nos preguntamos sobre la solidez del compromiso con la democracia por

parte de las derechas mainstream argentinas ante el surgimiento de sectores radicalizados que, si bien se mantienen dentro de las reglas de la poliarquía, parecen tener capacidad para influir en la agenda y en las prácticas políticas de los sectores mainstream.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACUÑA, CARLOS H. Y SMULOVITZ, CATALINA (1995). Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional. En *Juicio, castigos y memorias*. Nueva Visión.
- ÁGUILA, GABRIELA (2023). *Historia de la última dictadura militar: Argentina, 1976–1983*. Siglo Veintiuno.
- ALSOGARAY, ÁLVARO C. (1993). *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina*. Planeta.
- ALTAMIRANO, CARLOS (1989). ¿Realmente hay una nueva derecha en Argentina? *Nueva sociedad*, 102, 41–51. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4028424>.
- BOHOSLAVSKY, ERNESTO (2011). El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente). En Bohoslavsky Ernesto (Ed.), *Actas del Taller de Discusión sobre las derechas en el Cono Sur, siglo XX* (pp. 9–29). UNGS.
- BOHOSLAVSKY, ERNESTO Y MORRESI, SERGIO (2016). El partido PRO y el triunfo de la nueva derecha en Argentina. *Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, (32), 141–157. <http://alhim.revues.org/5619>.
- BORON, ATILIO (2000). Ruling without a Party. Argentine Dominant Classes in the twentieth Century. En Middlebrook, Kevin (Ed.), *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America* (pp. 139–163). Johns Hopkins University Press.

- CANELO, PAULA (2015).** La importancia del nivel municipal para la última dictadura militar argentina: un estudio a través de sus documentos reservados y secretos (1976–1983). *Historia (Santiago)*, 48(2), 405–434.
https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-71942015000200001&script=sci_arttext&tlng=en.
- CANELO, PAULA (2016).** La política secreta de la última dictadura argentina (1976–1983) a 40 años del golpe de Estado. Edhasa.
- COSSIO, ANA MARÍA (2003).** El Bussismo: una reformulación de la identidad territorial 1987–1995. *Población & sociedad*, 10(1), 160–182.
- CRENZEL, EMILIO (1998).** Entre la memoria social y la política, Tucumán: el voto a Bussi en 1995. *Estudios: Centro de Estudios Avanzados*, (9), 49–72.
<https://doi.org/10.31050/re.voi9.13694>.
- DI TELLA, TORCUATO (1971).** La búsqueda de la formula politica argentina. *Desarrollo Económico*, 11(42/44), 317–325.
<https://doi.org/10.2307/3465985>.
- FEIERSTEIN, DANIEL (2012).** *Memorias y representaciones*. Fondo de Cultura Económica.
- FRANCO, MARINA (2014).** La «teoría de los dos demonios», un símbolo de la posdictadura en la Argentina. *A Contracorriente*, 11(2), 22–52.
- FRANCO, MARINA (2015).** La «transición a la democracia» en la Argentina frente a las cristalizaciones de la memoria. *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, (104), 115–131. <https://journals.openedition.org/caravelle/1602>.
- FRIDMAN, DANIEL (2010).** A new mentality for a new economy: performing the homo economicus in Argentina (1976–83). *Economy and Society*, 39(2), 271–302.
- GENÉ, MARIANA Y VOMMARO, GABRIEL (2023).** El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado. Siglo Veintiuno.

- GIBSON, EDWARD (1996).** *Class and conservative parties: Argentina in comparative perspective.* Johns Hopkins University Press.
- GRINCHPUN, BORSI (2020).** The men and the ruins. An approach to Argentina's extreme-right since 1983. En Narcizo, Makchwell (Ed.), *A extrema direita e o poder: histórico, diagnóstico e perspectivas* (pp. 266–296). Eulim. <https://doi.org/10.35417/978-65-87698-00-7>.
- GUTIÉRREZ, ALFREDO (1992).** *El derrumbe de la UCeDé: de Videla a Menem, la mutación liberal.* Letra Buena.
- HEREDIA, MARIANA (2006).** La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de las políticas de Alfonsín. En Pucciarelli, Alfredo (Ed.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* (pp. 335–366). Siglo Veintiuno.
- HIRSCHMAN, ALBERT (1977).** *Salida, voz y lealtad : respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados* (E. L. Suárez, Trans.). Fondo de Cultura Económica.
- LOXTON, JAMES Y MAINWARING, SCOTT (EDS.). (2018).** *Life after dictatorship: authoritarian successor parties worldwide.* Cambridge University Press.
- LUNA, JUAN PABLO Y ROVIRA KALTWASSER, CRISTÓBAL (2021).** Castigo a los oficialismos y ciclo político de derecha en América Latina. *Revista uruguaya de ciencias políticas*, 30(1), 135–156. <https://doi.org/10.26851/rucp.30.1.6>.
- LVOVICH, DANIEL Y BISQUERT, JAQUELINA (2008).** *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática.* Biblioteca Nacional.
- MALAMUD, AANDRÉS (2004).** El bipartidismo argentino: evidencias y razones de una persistencia (1983–2003). *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 14(1), 137–171.
- MANSILLA, CÉSAR (1983).** *Las fuerzas de centro.* Centro Editor de América Latina.

- MARTÍNEZ DE HOZ, JOSÉ ALFREDO (1981).** *Bases para una argentina moderna (1976–1980)*. Compañía Impresora Argentina.
- MORA Y ARAUJO, MANUEL (1981).** El liberalismo, la política económica y las opciones políticas. A propósito de «Teoría y práctica del liberalismo», de Adolfo Canitrot. *Desarrollo Económico*, 21(83), 391–400.
- MORRESI, SERGIO DANIEL (2015).** «Acá somos todos democráticos». El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en la Argentina. En Vommaro, Gabriel y Morresi, Sergio Daniel (Eds.) «*Hagamos equipo*». PRO y la construcción de la nueva derecha argentina (pp. 163–201). Prometeo.
- MORRESI, SERGIO DANIEL (2017).** ¿Cómo fue posible? Apuntes sobre la prehistoria y el presente del partido PRO. En Boron, Atilio y Arredondo, Monika (Eds.), *Clases medias argentinas: modelo para armar* (pp. 67–85). Luxemburg.
- MORRESI, SERGIO DANIEL (2019A).** «Reconocer lo actuado». El liberalismo–conservador y sus miradas sobre la dictadura y la violencia (1982–1989). *Revista de Historia Americana y Argentina*, 54(2), 207–238.
<http://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/revihistoriargenyame/article/view/2830/2024>.
- MORRESI, SERGIO DANIEL (2019B).** As direitas argentinas e a democracia: ditadura e pos–ditadura. En Patto Sá Motta, Rodrigo; E. Bohoslavsky, Ernesto y Boisard, Stéphane (Eds.), *Pensar as direitas na América Latina* (pp. 37–55). Alameda.
- MORRESI, SERGIO DANIEL; SAFERSTEIN, EZEQUIEL Y VICENTE, MARTÍN (2021).** Ganar la calle. Repertorios, memorias y convergencias de las manifestaciones derechistas argentinas. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 8(15), 134–151.
<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/165273>.
- MORRESI, SERGIO DANIEL Y VICENTE, MARTÍN (2019).** Autopsia de la nueva política. *Revista Anfibia*, octubre 2019, 1–11.

<https://doi.org/http://revistaanfibia.com/ensayo/autopsia-de-la-nueva-politica/>.

- MORRESI, SERGIO DANIEL Y VOMMARO, GABRIEL (2014).** Argentina. The Difficulties of the Partisan Right and the Case of Propuesta Republicana. En Luna, Juan Pablo y Rovira Kaltwasser, Cristobla (Eds.), *The Resilience of the Latin American Right* (pp. 319–345). Johns Hopkins University Press.
- MUDDE, CASS (2019).** *The Far Right Today*. Polity.
- NASH, GEORGE H. (1987).** *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*. Grupo Editor Latinoamericano.
- NATANSON, JOSÉ (2018).** *¿Por qué? Siglo Veintiuno*.
- NUN, JOSÉ; PORTANTIERO, JUAN CARLOS Y ALTAMIRANO, CARLOS (EDS.). (1987).** *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Puntosur.
- O'DONNELL, GUILLERMO Y SCHMITTER, PHILIPPE (EDS.) (1994).** *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Paidós.
- O'DONNELL, GUILLERMO; SCHMITTER, PHILIPPE Y WHITEHEAD, LAURENCE (EDS.) (1989).** *Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas comparadas*. Paidós.
- PALERMO, VICENTE Y NOVARO, MARCOS (1996).** *Política y Poder en el gobierno de Menem*. Norma.
- PESCE, JULIETA (2006).** *Política y Economía durante el primer año del gobierno de Alfonsín*. En Pucciarelli, Alfredo (Ed.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* (pp. 367–412). Siglo Veintiuno.
- POUSADELA, INÉS (2006).** *Que se vayan todos*. Capital Intelectual.
- PRUNELLO, MARÍA FÁTIMA (2021).** *La única voz que se levanta» La elaboración de enemigos en la Sociedad Argentina de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP)*. Tesis de Doctorado, UNLP. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte2143>.

- PUCCIARELLI, ALFREDO (ED.)**. (2004). *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Siglo Veintiuno.
- RAMOS, HUGO Y MORRESI, SERGIO DANIEL** (2023, EN PRENSA). Apuntes sobre el desarrollo de la derecha radical en Argentina: el caso de «La Libertad Avanza». *CADERNO CRH, Revista de Ciências Sociais de Centro de Estudos Pesquisas e Humanidades*.
<https://periodicos.ufba.br/index.php/crh>
- RÉMOND, RENÉ** (2007). *Les droites aujourd'hui*. Éd. L. Audibert.
- SCHVARZER, JORGE** (1991). La Práctica de la política económica de Martínez de Hoz. En Barsky, Osvaldo y Bocco, Armando (Eds.), *Respuesta a Martínez de Hoz* (pp. 21–86). Imago Mundi.
- SIDICARO, RICARDO** (2002). *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946–55/1973–76/1989–99*. Siglo Veintiuno.
- TORRE, JUAN CARLOS** (2003). Los huérfanos de la política de partidos Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico*, 42(168), 647–665. <http://www.jstor.org/stable/3455908>.
- VOMMARO, GABRIEL** (2017). *La larga marcha de Cambiemos: la construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Siglo Veintiuno.
- VOMMARO, GABRIEL** (2021). Horizontal Coordination and Vertical Aggregation Mechanisms of the PRO in Argentina and Its Subnational Variations. En Luna, Juan Pablo; Piñeiro, Rafael; Rosenblatt, Fernando y Vommaro, Gabriel (Eds.), *Diminished parties: democratic representation in contemporary Latin America* (pp. 48–69). Cambridge University Press.

- VOMMARO, GABRIEL; MORRESI, SERGIO DANIEL Y BELLOTTI, ALEJANDRO (2015).** *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar.* Planeta.
- ZIBLATT, DANIEL (2017).** *Conservative parties and the birth of democracy.* Cambridge University Press.
- ZOCHI, HEBE (2013).** *Ricardo Ubieto, ciudadano intendente.* Georges Zanun Editores.